Alejandra temblabla: aquel sacrificio que le parecía tan cruel le deseaba ahora: anhelaba caer en brazos de don Celso, para salvar á Margarita. Daban las cuatro y Valdespino no podía tardar, y Alejandra esperaba á su verdugo, como si esperara á su amante: estaba resuelta.

CAPILLA ALFONSINA

XII

Por qué Cacomixtle no llevó la comida

Cacomixtle llegó á la hora de costumbre á la Diputación, con las canastas de la comida.

Al subir las escaleras de la cárcel vió en uno de los tramos á un general, bajo de cuerpo, de grandes bigotes, ojos claros y de movimientos rápidos como todos los hombres de genio violento, que hablaba en un gran grupo de oficiales que le escuchaban con el mayor respeto.

Cacomixtle se atrevió á preguntar quién era, y le dijeron que aquel hombre era el general O'Horán.

El muchacho tuvo una idea brillante, una verdadera inspiración.

En un momento subió las escaleras, entregó las dos canastas en la alcaidía, encargando que las metiesen

porque él tenía que hacer, y bajó adonde estaba todavía O'Horán hablando con los oficiales.

Por esto el carcelero llevó á Alejandra la comida, y por esto ella, que no vió al muchacho, pensó que la había engañado. Cacomixtle se dirigió resueltamente á O'Horán, atravesando el círculo de oficiales, que le miraban asombrados de su audacia.

—¿Qué quieres? le dijo un comandante.

— Quiero hablar al señor general.

—A ver ¿qué hay? dijo O'Horán.

—Señor, vengo á ver á usted, señor, porque mi hermana y mi madrecita están aquí presas, y usted puede dar la orden de que me las dejen libres.

—¿Y por qué me vienes á ver mí?

—Porque me han dicho que usted es muy bueno, y porque me nació del corazón.

CAPILLA ALFONSINA

—A ver, señor capitán, dijo O'Horán á uno de sus ayudantes: pregunte usted en la alcaidía por qué están presas esas mujeres, y á disposición de quién.

—¿Cómo se llaman? le dijo el oficial á Cacomixtle.

—Margarita y Alejandra.

—Anda con él, dijo O'Horán al muchacho.

—No, señor, porque el alcaide es muy malo, y si no consigo nada, me va á coger entre ojos, y ya no me va á dejar ver á mi madrecita.

—¿Cómo no has de conseguir nada? dijo uno de los oficiales, por adular al general: ni sabes á qué sombra te has arrimado.

—Mi general, dijo el ayudante volviendo de la alcaidía, están á disposición del señor general en jefe, y no se sabe por qué; nada más que uno de los jefes de la policía secreta dijo que estaban reencargadas: llevan ya varios días.

—¿Ya lo ve usted, señor? dijo el muchacho.

—¿Ya lo ves? dijo el general, nada puedo hacer yo.

—Conque usted quisiera, pero no quiere.

—Pero si es orden del general Márquez.

—¡Vaya! con una palabra de usted, todo estaba hecho, pero usted no quiere; ¡pobre de mi madrecita!

Y el muchacho se puso á llorar.

—Si yo fuera general, no le haría yo á usted eso.

—¿Han visto ustedes qué muchacho tan audaz? Me

gusta por eso. Vén, yo te conseguiré la orden; el general debe estar en palacio.

O'Horán era hombre que tenía continuamente esta clase de rasgos: montó á caballo, y Cacomixtle echó á andar tras él.

Márquez estaba en palacio; y el muchacho, conducido por O'Horán, entró á una antesala donde esperó tres horas largas.

Don Celso había vuelto á su casa furioso por el mal resultado de su útima entrevista con Inés; sus ilusiones se habían desvanecido como el humo, y sólo pensaba ya en el modo de vengarse, no sólo de Pablo, sino de Inés. Había jurado verla muerta antes que en brazos de otro hombre, y don Celso no era el que dejara de cumplir semejante juramento.

No quiso hablar con nadie; se encerró en la sala de su casa, dió orden de que á cuantos le buscasen se les contestara que no estaba, y se puso á pasear á lo largo de la sala.

Cinco ó seis veces el que iba de la Diputación con el recado de Alejandra se volvió sin haberle podido hablar.

Don Celso no pensaba sino en el desaire que había sufrido de Inés: de repente se acordó de Alejandra.

—¡Vaya! dijo, esa sí es seguro que caerá, y esto me distraerá algo: es tan bonita como la otra; y aunque no tengo por ella el mismo capricho, porque ya la veo segu-

ra, no por eso deja de ser un bocado de cardenal. Pilar, Pilar.

—Señor.

—¿Me ha buscado alguien?

—Sí, señor, uno que ha venido lo menos seis veces de la Diputación: pero como usted...

—¡Qué tontera! ¿y por qué no me han avisado?

—Como usted dijo que se contestara á todos que no estaba...

—Pero á éste no... ¡Ah, Inés, Inés! por ti perderé este otro negocio... Quizá se arrepienta la muchacha por no aprovechar yo la oportunidad. ¿Y á qué hora vino la última vez?

—Hace muy poco.

—¿Y qué dijo?

—Le dejó á usted esta carta.

—¿Y por qué no me la dabas?

Don Celso abrió la carta; estaba escrita por Alejandra, y en estos términos:

«Señor don Celso:

«Estoy resignada á todo: puede usted disponer de mí: venga usted á la hora que quiera, ó mande usted que vaya adonde lo disponga, pero salve usted á mi madre. — ALEJANDRA.»

—¡Mi capa! gritó don Celso guardando la carta: ¡mi capa y mi sombrero, pronto, Pilar!

La vieja, mirándole tan alegre, llevó la capa y el sombrero sonriéndose.

— ¿Ya cayó Alejandra? preguntó.

— Sí: dispones todo lo necesario, buena cena, vino, todo, porque voy á traerla en un coche. A la oración estaremos aquí. Por ahora olvido á la Inesita; pero ya nos veremos, ya nos veremos. ¡Ah! que vaya Cacomixtle á comprar velas de esperma.

— Cacomixtle no ha vuelto desde que llevó la comida.

— Se andará paseando; pero hoy no le regañen, porque hay indulto; estoy de enhorabuena.

Don Celso salió á la calle tropezándose por ir aprisa, y Pilar, ayudada de Ramona, comenzó á disponer una cena suntuosa.

— ¿Qué le decía yo á usted? decía Pilar.

— La verdad, que el señor es afortunado, porque esa muchacha está como una plata; en nuestra tierra le decían la flor de la costa. ¡Ah! si mi Lalo viera esto, ¡qué contento se pondría!

Y Ramona lloraba hipócritamente.

Valdespino llegó jadeando á la Diputación. Era ya cerca del anochecer, y comenzaban los guardas nocturnos á encender los faroles.

— Señor alcaide, ábrame usted el separo de esas mujeres.

— ¿Qué mujeres, señor?

— Esas dos que trajeron el otro día, y á las que he estado viniendo á ver: Margarita y Alejandra.

— Señor, ya no están aquí; han salido.

— ¡Han salido! dijo asombrado don Celso: ¿ y á dónde han salido?

— ¡En libertad!

— ¿En libertad? ¿y de orden de quién?

— Del señor general Márquez. Mire usted la orden.

— ¡Pero esto es increíble! Usted las habrá dejado comunicar.

— Con nadie absolutamente.

— ¿Y á qué hora han salido?

— Hará media hora. Yo creía que era cosa de usted, porque el mismo muchacho que venía con la comida, trajo la orden de libertad.

— ¡Infame Cacomixtle! Ha jugado conmigo, pero él me la pagará.

Valdespino, burlado en sus esperanzas por segunda vez, volvió á su casa, teniendo vergüenza hasta de la misma Pilar.

Al llegar al corredor, vió la mesa dispuesta, las luces, todo esperando, y la vieja salió con zalamería á recibirle.

— Señor, todo está listo: ¿viene ya la muchacha?

— ¡El infierno es lo que viene! contestó Valdespino entrando en su recámara.

— ¿Qué habrá sucedido? dijo Pilar muy quedo á Ramona.

— Algo muy malo, porque el señor viene muy enojado.

— Nunca le he visto así: ¿qué haremos?

— Pregúntele usted.

— Yo no me arriesgo.

— Pues yo menos.

— Pero las velas se están gastando de balde. ¡Qué caramba! yo le pregunto.

Pilar entró muy poco á poco á la recámara, procurando no hacer ruido.

Valdespino se había tirado sobre la cama, y ocultaba el rostro entre las almohadas; la capa y el sombrero estaban en el suelo.

Pilar tuvo miedo, pero estaba ya adentro y no podía retroceder.

— ¿Señor?

— ¿Qué cosa?

— ¿Quito la mesa, ó cena usted?

— Haz lo que se te antoje, pero no me molestes.

Pilar iba ya á salir, cuando Valdespino la llamó.

— ¡Ah! oye. Cacomixtle no ha venido ¿es verdad?

— No, señor.

— Pues ese bribón es el que ha llevado la orden de libertad con la que se ha escapado Alejandra.

— ¡Se ha escapado! ¿y cómo?

CAPILLA ALFONSINA

— No sé. No tengo gana de platicar: véte, y que nadie entre.

La vieja salió espantada, porque todavía al cerrar la puerta, oía el rechinido de los dientes de su amo.

. . . . . .

Cacomixtle esperó en la antesala de Márquez hasta las cinco. A esa hora la puerta se abrió, y un ayudante de O'Horán, el mismo que había subido en la Diputación á ver al alcaide, salió trayendo un gran pliego con una cubierta amarilla.

— Toma, le dijo al muchacho, aquí está la orden: dice el general que la lleves tú mismo para que te entreguen á tu madre y á tu hermana.

Cacomixtle tomó el pliego, y salió corriendo. El alcaide leía descansadamente; abrió el pliego, lo leyó, y sin decir nada, se dirigió á los separos.

Margarita oyó sonar la llave, y casi se desmayó: creía que iban por ella para fusilarla.

— Salga usted, dijo el alcaide.

— ¿A dónde? preguntó la pobre mujer.

— En libertad.

Margarita no podía comprender lo que pasaba.

Cacomixtle se acercó á ella, y al abrazarla, la dijo:

— Yo he conseguido la orden de libertad. Vámonos pronto, que importa: ya le contaré á usted despacio todo.

— ¿Y Alejandra?

— Vamos por ella.

Alejandra, impaciente, esperaba á don Celso: le había mandado muchos recados, y mirando que no iba, se atrevió á escribirle la carta que hemos visto: cada momento que pasaba se le figuraba á la pobre niña que era el momento irreparable que decidía de la suerte de Margarita.

Sonó la llave, y se corrió el cerrojo: Alejandra creyó que era don Celso, y el rubor encendió su rostro: tembló, y se cubrió la cara con ambas manos: oyó entonces los pasos de un hombre, y más se confirmó en que era don Celso: sintió dos brazos que la estrechaban y se estremeció de vergüenza y de horror.

— ¡Alejandra, hija mía! dijo Margarita.

— ¡Madre! dijo Alejandra, abrazándola.

— Vámonos: estamos libres las dos.

— ¿Pero cómo?

— No lo sé.

— Vámonos pronto, dijo el Cacomixtle, no hay que perder tiempo.

— Pues vamos, contestaron las mujeres.

Salieron á la alcaidía.

— ¿Y los equipajes? preguntó el Cacomixtle.

— De esos no habla la orden, contestó el alcaide.

— Pues que se queden.

— Llévate tus canastas.

— Volveré por ellas luego.

CAPILLA ALFONSINA

—Vámonos pronto, dijo el Cacomixtle, no hay que perder tiempo.

CAPILLA ALFONSINA

Lo que Cacomixtle deseaba era verse en la calle: comprendía que aquello era casi un milagro, y por eso bajaba precipitadamente las escaleras, seguido de las dos mujeres, temblando de encontrar á don Celso. No sabía adónde dirigirse; pero importaba alejarse de la Diputación por un rumbo contrario al de don Celso.

Siguió andando maquinalmente, y cuando sonó la oración y se encontró por la plazuela de San Juan, se detuvo, volvió á mirar á las dos mujeres, y dijo lanzando un suspiro de satisfacción:

— ¡Nos hemos salvado!